

LUIS GUTIÉRREZ BARRIO, *EL ATENEO DE SALAMANCA (1912-1924)*, PRÓLOGO DE FRANCISCO BLANCO PRIETO, SALAMANCA, SALAMANCA CIUDAD DE CULTURA Y SABERES, 2022, 269 PP.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

Entre los admiradores de la obra, la vida y la idiosincrasia de Miguel de Unamuno, no me cabe ninguna duda de que Luis Gutiérrez Barrio es uno de los más fieles, entusiastas y efectivos. Lo ha acreditado con creces desde hace años en el eficaz desempeño de las funciones de Secretario de la Asociación de amigos de Unamuno en Salamanca, y también efectuando diversos cometidos en ella, entre otros el de moderar las tertulias unamunianas que se van realizando a lo largo del año en la capital del Tormes, de cuyo Ateneo es presidente desde 2012, y en cuyo ámbito ha impulsado con denuedo no pocas actividades culturales y cívicas.

Justamente veinte años después de acceder a la presidencia de dicha institución, en 1922 ha dado Gutiérrez Barrio a la estampa un libro que relata la historia de la misma desde su fundación en 1912 y hasta el año 1924, para luego reemprender las noticias sobre el Ateneo desde el último lustro de los cincuenta hasta la ac-

tualidad. Esta obra ha sido editada por la Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes. Lleva un prólogo de uno de los más acreditados expertos en el catedrático de griego vasco que tanto se identificó con la ciudad de Salamanca. Aludo a Francisco Blanco Prieto, cuyas contribuciones a la bibliografía del autor de *Niebla* son de imprescindible consulta en virtud de su concienzudo rigor.

La laboriosa gestación de este libro ha permitido a su autor no solo conocer de primera mano y en detalle la historia de la institución salmantina que dirige, sino escribirla y divulgarla a todos quienes se interesen en ella. Y al propio tiempo le ha posibilitado hacer aportes al mejor conocimiento de la actividad intelectual de Unamuno, contribuyendo de este modo a llenar una laguna desatendida que nunca antes se había tratado de cubrir de manera específica y monográfica, de ahí que en nuestra reseña pongamos énfasis en la participación de Unamuno en ella a partir

de las noticias suministradas por Gutiérrez Barrio.

El libro se divide en tres secciones, siendo la más extensa y sustanciosa la inicial, donde se relatan las vicisitudes de todo tipo acaecidas en el Ateneo de Salamanca durante los doce años de su primera existencia, desde 1912 a 1924. La segunda parte se ocupa del concurso del gran pensador de Bilbao en distintos Ateneos españoles, en concreto los que enumero: Madrid, Sevilla, Barcelona, Vitoria, Guipuzcoano, Valencia, Avilés, Valladolid, Bilbao y Alicante, foros en los que mayormente dejó su sello indiscutible, sobre todo como polemista. La tercera versa sobre la peripecia del Ateneo de Salamanca a partir de fines de los cincuenta y hasta la actualidad, finalizando la obra con una relación de los presidentes que han ido rigiéndolo desde entonces. Gracias a este listado, en el que constan los diferentes períodos de los respectivos mandatos, se constata que Gutiérrez Barrio ha sido, en toda la historia del Ateneo de Salamanca, y en sus dos grandes fases, la persona que más tiempo lo ha regido, y por supuesto el único que ha investigado tenazmente su avatar societario y cultural.

Empecemos, pues, el recorrido histórico por el Ateneo primero, el unamuniano, bajo la guía del autor del libro. La reunión que tuvo lugar en el Casino de Salamanca el 4 de diciembre de 1912 supuso el origen de la institución, denominada Ateneo Científico y Literario de Salamanca, aunque nos referiremos a ella en adelante sin hacer mención de las concreciones de Científico y Literario. El impulso fundacional se debió en gran medida a dos foráneos, los catedráticos vascos Unamuno, y Tomás Elorrieta, que lo fue en la

Universidad charra de Derecho Político. El primero, elegido presidente de la nueva entidad, y a la sazón rector universitario, puso a disposición el Paraninfo para las actividades del Ateneo, cuya sección de Literatura dirigía el poeta ledesmino Cándido Rodríguez Pinilla, haciéndose cargo de la sección de música Dámaso Ledesma.

Otro dato para la historia: el 20 de febrero de 1913 se pronunció la primera conferencia, consistente en un homenaje a Salamanca. Tuvo ese día Unamuno una intervención de considerable relieve, pues leyó versos suyos, defendió la actitud de Gabriel y Galán de no aspirar a ir a Madrid para consagrarse como poeta, calificó el teatro español en general como una auténtica pantomima, y propuso que había que recoger la lengua popular de la zona, de la que dijo que era más leonesa que castellana. Otra sesión relevante ese mismo año fue la celebrada el 18 de abril en homenaje al músico y poeta salmantino Juan del Encina. En ella hizo Unamuno algunos comentarios filológicos sobre el *Auto del Repelón*.

Diez días después tuvo lugar la primera de las conferencias sobre literatura salmantina. En esa jornada tomaría la palabra Unamuno para hacer precisiones tan útiles como advertir que el encasillamiento de los autores puede derivar en una suplantación de su estudio directo. Según la crónica del periódico *Adelanto*, recogida por Gutiérrez Barrio, el pensador vasco dijo también: «El otro día se recordaba aquí una frase que, si no es historia, es digna de serlo: “Qué lástima morir quedando tanto por leer”. Yo hubiera dicho: “Qué lástima morir habiendo tanto que recordar y tanto que releer”» (p. 43). El 8 de mayo Juan Domínguez Berrueta,

que había descubierto en el archivo de la Universidad el documento de inscripción como alumno de Juan de Yepes, futuro san Juan de la Cruz, disertó sobre el religioso de Fontiveros. Todavía en ese mes, el día 24 dio una conferencia el músico salmantino Tomás Bretón, clausurándose el curso el 28, en una sesión en la que los coros organizados por Dámaso Ledesma cantaron una «Charrada y plegaria» de Juan del Encina. El acto lo cerraría Unamuno leyendo poemas de varios autores, entre ellos del sevillano García Tassara, y reservando un párrafo para referirse, como recoge Gutiérrez Barrio, al «polvo de la llanura, que antes fue corazón, como mañana nosotros seremos el polvo de la llanura, el paisaje de Castilla» (p. 52).

Respecto a las veladas del 1914, señalo que el Ateneo comenzó este año a celebrarlas en la Escuela de Bellas Artes San Eloy, ubicada en el Palacio de San Boal. Fue este el primero de los distintos lugares alternativos al Paraninfo que se fueron usando con el tiempo. En la sesión del 9 de marzo Unamuno manifestó sobre Cándido Rodríguez Pinilla, quien había quedado ciego a los diez años, que de él había aprendido a leer y a pensar en voz alta. Hizo también una lectura de versos del libro *El poema de la tierra*, obra del de Ledesma a la que había puesto un prólogo en el que confesaba que era «quien más confidencias de las torturas de mi espíritu ha recibido» (p. 62). La del 20 de abril se dedicó al Greco. En ella hablaría Unamuno para manifestar su desacuerdo con quienes califican sus colores como fríos, pues los de ese pintor tienen a su juicio fuego del Purgatorio, fuego blanco. Interesante fue también aseverar que «los sentimientos se expresan mejor con las manos que con las palabras» (p. 65).

Como es bien sabido, a Unamuno se le destituyó como Rector a fines de agosto de ese año 1914. El Ministerio dio como excusa que la Universidad había otorgado de manera improcedente validez académica para el ingreso a sus Facultades a dos títulos de bachiller de sendos estudiantes americanos, uno dominicano y otro cubano. Ese cese hizo que Unamuno pensase en ir desentendiéndose desde entonces de acudir a las sesiones del Ateneo, pese a seguir ostentando su presidencia. No obstante, sí asistió a algunas, empezando por la inauguración el 28 de octubre del curso 1914-1915. El asunto abordado fue el de las leyendas salmantinas, aprovechando la ocasión para hacer las precisiones léxicas siguientes: los salmánticos serían los teólogos autores de grandes libros; los salmantinos, los vecinos de la ciudad; los salamanquinos, los aficionados a la tauromaquia, y los salamanquesos los que, de acuerdo con el Diccionario de la lengua, son los «animalitos que se agarran hasta a las paredes más lisas y son considerados como seres venenosos» (p. 91).

En enero de 1915 el Ateneo volvió a valerse del Paraninfo para sus actividades, pero no dejó de hacer uso de otros espacios. Sin desdoro de que continuasen celebrándose sesiones en ese año, relatadas puntualmente por Gutiérrez Barrio, en aras de la brevedad destaco que fue una de las más destacadas la que se hizo en homenaje a Cervantes en el teatro Liceo el 10 de diciembre. Unamuno asistió, aunque sin tomar la palabra. Dejaría de personarse ya a esos actos, salvo algunas excepciones, cuando el Ateneo fue estrechando lazos con la Universidad, hasta el punto de que ambas entidades llegarían a organizar actividades conjuntamente.

En contrapunto, Unamuno sí asistía a mítines en otros foros de carácter obrero, tomando parte el 25 de febrero de 1916 en el que se celebró en el teatro Bretón. Por entonces era presidente honorario de la Unión ferroviaria y de la Federación obrera. El sábado 20 de mayo tuvo lugar una velada del Ateneo en el teatro Liceo en la que, empero, no solo quiso hacer acto de presencia, sino que iba a pronunciar un discurso de gran enjundia donde insistiría en uno de sus pensamientos favoritos, el de sostener, refiriéndose a San Pablo y a San Agustín, que «viven en la eternidad de la historia humana, porque supieron mantener dentro de sí una fecunda guerra civil entre los dos hombres» (p. 131).

Durante el año 1917 el Ateneo fue encaminándose a su progresiva decadencia, aunque siguieron programándose actividades. A su vez, Unamuno sería elegido en noviembre concejal del consistorio de la ciudad. Entre los actos ateneísticos de 1918 destacaré el que había de celebrarse en coincidencia con el 12 de octubre para conmemorar la denominada Fiesta de la Raza, pero hubo de posponerse a causa de la pandemia sobrevenida. Y aquí me parece interesante referir lo que cuenta Gutiérrez Barrio a vueltas de cómo las autoridades quisieron paliar de algún modo el hambre en ese trance: «se planteó la posibilidad de distribuir entre los ciudadanos la carne de los caballos muertos en las corridas de toros. La picaresca aguza el ingenio, y para evitar que los carniceros vendieran gato por liebre, se les obliga a mantener en las piezas de ternera un trozo de piel. Las calles son regadas con Zotal y se suprime el agua bendita en las iglesias» (p. 169).

El 11 de noviembre iba a inaugurarse el curso 1918-1919 del Ateneo en el

teatro Moderno con una conferencia de Unamuno titulada «La España americana». Entre otras muchas cosas, y a propósito de la Gran Guerra, finalizada de manera oficial justamente en la fecha de la charla, el catedrático vasco abogó por la práctica del *alteruter*, por tener en cuenta una opinión y la otra sobre ese conflicto. En referencia al asunto americano, puntualizó que los españoles destruyeron en ese continente la organización política imperialista con que se encontraron, si bien introducirían, con Pizarro, «las luchas intestinas, características de toda nuestra historia» (p. 174). Añadió que el gobierno español no tiranizó en América, siendo bien paternalista con los autóctonos la conducta de los virreyes. Respecto a los Estados Unidos, puso de relieve que, merced a la guerra de Secesión que enfrentó a un Norte antiesclavista, y a un Sur esclavista, aportaron a la Humanidad el principio de la legitimidad de intervenir un pueblo en territorio del otro por razones de justicia.

El 11 de marzo de 1919 el Ateneo se valió del Paraninfo como marco de la conferencia que daría Maurice Legendre sobre «La paz». Las siguientes actividades se produjeron en mayo. Iban a consistir en dos conciertos de Andrés Segovia que contaron con la presencia de Concha Lizárraga, esposa de Unamuno. En noviembre se renovó la Junta directiva, permaneciendo Unamuno al frente de la entidad. La primera de las actividades de 1920 fue la que él presidió el 15 de enero. Ese día impartió Fernando Iscar Peyra en la Casa de la Tierra una charla sobre «Las cartas de Felipe II. La inspección de don Diego de Simancas». Luego, el 12 de febrero, y con motivo del fallecimiento de Galdós el día 4 del mes anterior, el Ateneo le rindió un

tributo en el teatro Bretón. Unamuno recordó a los asistentes que había leído al escritor canario cuando era niño, pero que no lo había vuelto a leer «por no profanar los sentimientos de mi infancia» (p. 191). También sostuvo que «quien crea personajes muere en ellos, se entierra en ellos; todo Galdós, al soñar con ellos, al crearlos, se hallaba borrado, difundido entre ellos...» (p. 193).

El 21 de febrero se reanudaron los cursillos «femeninos» que venía impartiendo Cándido Rodríguez Pinilla, quien disertó en la Cámara de Comercio sobre los poetas de la llamada escuela salmantina, desde Cadalso a Meléndez Valdés, reservando a este el crédito como verdadero poeta. El mismo orador tomaría la palabra el 20 de marzo ante idéntica concurrencia, volviendo a hacerlo el 27 con una disertación sobre «Las mujeres en la literatura del siglo XX». Entre otras consideraciones, en esa jornada afirmó que ellas no «pueden desprenderse de su feminidad ni esa circunstancia deja de favorecerles en alto grado para el cultivo de determinadas artes. Es el corazón y no el cerebro el que nos hace aptos para la poesía» (p. 197). El 12 de junio la sesión del Ateneo se realizó en el Paraninfo, siendo Eugenio D'Ors el que conferenciaría acerca de «La dialéctica y el principio federativo».

En los primeros meses de 1921 estuvo Unamuno muy implicado en la difusión de su tragedia *Fedra*. La leyó el 9 de enero en la Cámara de Comercio salmantina, representándose en Zamora, con presencia del autor, el 22, y en el Ateneo madrileño el 25 de marzo. Si se escenificó o no en Salamanca, no le consta a Gutiérrez Barrio, aunque sí que trató de organizarse esa velada. El 5 de mayo presidiría

Unamuno la sesión ateneística en la que habló el político Ángel Ossorio y Gallardo, y al presentarle dijo que era «desgraciado el que pretenda dar solución a los problemas; cada uno de estos trae otros y otros más» (p. 208).

Muestra su sorpresa Gutiérrez Barrio ante el hecho de que no organizase el Ateneo como tal ninguna actividad en homenaje al poeta José María Gabriel y Galán a lo largo de 1922. Y ha de tenerse en cuenta que varias tuvieron lugar en su memoria en Salamanca, lo que presupone una desactivación muy notoria de esa institución cívica. Se corroboraría esa caída en picado el año siguiente, pues no dio señales de vida. El propio Unamuno iba a sellar el acta de defunción de ese ente al referirse con ironía, en una conferencia dada en la Casa del Pueblo el 12 de febrero de 1924, a «aquel Ateneo, que murió a manos de don Miguel, Ateneo en el que se daban funciones para señoritas, a base de cantos charros, funciones que ni aun siquiera eran amenas» (p. 213). Pocos días después, era destituido en el desempeño de su cátedra universitaria, saliendo de Salamanca el día 21 camino de Fuerteventura, a donde fue deportado.

Por lo que hace a la presencia de Unamuno en Ateneos distintos del Salmantino, anoto que su relación con el de Sevilla fue indirecta, no así la que tuvo con las restantes sedes ateneísticas españolas citadas más arriba, aunque me limitaré a señalar tan solo algunas de las habidas con los Ateneos de Madrid y de Barcelona, así como ciertos posicionamientos que defendió en otros dos Ateneos, el de Valencia y el de Alicante. Ciertamente, los vínculos más numerosos y significativos los iba a tener con el Ateneo madrileño,

cuya sede en calle Montera llegó a conocer. Sin embargo, su primera charla la dio en diciembre de 1889 en el emplazamiento de la calle Prado, a donde se había trasladado la institución en 1884. Amén de sus asistencias a actos formando parte del público, o tomando la palabra con otros oradores, varias fueron las participaciones del bilbaíno como conferenciante en esa entidad, de la que llegaría a ser presidente casi un año, en concreto desde el 8 de junio de 1933 hasta el 24 de mayo de 1934. Me limitaré a mencionar unas pocas.

Siguiendo a Gutiérrez Barrio, recuerdo la que dio el 25 de noviembre de 1914 con el título de «Lo que debe ser un rector del Universidad». Ese día participó a los asistentes el dato, tan interesante como escasamente divulgado, de que el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Francisco Bergamín, causante de su defenestración como Rector de la universidad de Salamanca, le había ofrecido la compensación de un acta de senador, sea por una provincia, sea por una Universidad distinta de la charra, añadiendo que declinó el ofrecimiento. Pocos días después presentó en el Ateneo como poeta a su gran amigo Cándido Rodríguez Pinilla leyendo el prólogo que había escrito para *El poema de la tierra* del ledesmino. Convocatoria muy esperada fue su comparecencia el 12 de abril de 1922 para dar cuenta de su entrevista con Alfonso XIII, a la que había acudido junto con Romanones, a la sazón presidente del Ateneo. También cabe subrayar su charla acerca del Estatuto catalán pronunciada el 29 de abril de 1932.

En el caso de Barcelona, fueron dos los Ateneos en cuyas actividades participó Unamuno durante el espacio de tres semanas que se demoró en la ciudad

condal en el otoño de 1906. Me refiero al Ateneo Enciclopédico Popular, y al Ateneo Barcelonés, que fue fundado en 1860 con la denominación de Ateneo Catalán, según puntualiza Gutiérrez Barrio. En el primero de esos foros presidió la inauguración del curso de dicho año. En el segundo se iba a dar a conocer como poeta, pues realizó una lectura de varios de los poemas inéditos que el año siguiente se publicaron en su primer libro de versos, titulado *Poesías*.

Ya anticipé que iba a referirme a determinadas opiniones que Unamuno defendió en dos Ateneos levantinos, y que no dejan de tener cierta actualidad. En el Mercantil de Valencia, el 4 de enero de 1919, pronunció una conferencia en la que, ateniéndome al texto de Gutiérrez Barrio, «habló contra el independentismo catalán y la imposición en Cataluña de la enseñanza íntegra del catalán» (p. 243). Y el 15 de abril de 1932, en el Ateneo de Alicante, en su conferencia sobre «El lenguaje como forjador de nacionalidad y ciudadanía», se extendió sobre una cuestión relativa a la lengua española que merece ser reproducida:

Nuestra lengua es la española aun cuando algunos prefieren que se llame castellana. Nuestra lengua española es una integración de dialectos (entendiendo dialecto en el sentido de lengua de conversación por oposición a lengua escrita, literaria y culta). En aquella lengua vienen a mezclarse elementos leoneses, algunos de los primitivos monumentos literarios de la lengua castellana, elementos aragoneses y en resumen elementos de distintas regiones españolas (p. 251).

También incidió en un asunto que abordaría en otras páginas suyas, el de la dialéctica entre habla natural y escritura, exaltando el habla teresiana como ejemplo de lo que consideraba mejor. Extraigo la cita que refiere al respecto Gutiérrez Barrio:

Hay quien dice: Fulano habla como un libro. Mal, respondo yo: lo que hace falta es un libro que hable como un hombre [...] (Santa Teresa) hablaba con la pluma. La lengua de Santa Teresa es una lengua hablada (p. 252).

La tercera parte del libro constituye su «Epílogo». En él refiere Gutiérrez Barrio la historia del Ateneo salmantino a partir del paréntesis de tres décadas transcurridas desde que finalizase su etapa primera. Fue a fines de 1957 cuando comenzó la andadura del Ateneo de Salamanca actual, que contó en principio con una sede en un espacio que pertenecía a la Delegación Provincial del Ministerio de Información y Turismo. Estaba situada en la calle España, 9, que es como a la sazón se denominaba la Gran Vía. Resulta bien interesante saber que el impulso dado al subgénero teatral a través de lecturas y representaciones figuró entonces a la cabeza de los objetivos culturales de la entidad. También ha de ponerse de relieve que el Ateneo acogiese en su seno a diversas Asociaciones, entre ellas la Asociación fotográfica salmantina, la Asociación de

mujeres Atenea, y el Club de ajedrez Pablo Unamuno.

Una nueva singladura se abrió en el Ateneo en 1975, cuando hubo de abandonar la antedicha sede para trasladarse a otra, la calleja Maldonado. Con los años, y concretamente desde julio de 2014, esa breve y cegada arteria de la calle Zamora pasaría a denominarse calleja del Ateneo. En 1978 la institución editaría el *Boletín Ateneo*, a iniciativa del Seminario de poesía que lideraba la entusiasta escritora zaragozana Josefina Verde, afincada en Salamanca desde hacía una década. Este grupo crearía asimismo el Premio de Poesía Ateneo de Salamanca. En 1979 iba a salir otra publicación ateneística, la revista *Ateneo*.

Las vicisitudes de la entidad en los ochenta fueron bien arduas, pues desde 1984 se agudizaron el descenso de asociados que ya se veía produciendo con anterioridad, así como sus problemas económicos. Los lustros siguientes no fueron menos dificultosos, y lamentables, pues en febrero 2015 el Ateneo hubo de abandonar la sede en la calleja a la que había dado nombre, lo que puede llevar a la entidad a su desaparición, pese a la lucha constante para que no suceda tan triste noticia por parte sobre todo de su presidente y autor del tan valioso libro reseñado, Luis Gutiérrez Barrio.